

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—ADVERTENCIA.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—LA EUROPA Á VISTA DE NEGRO, por D. José Gonzalez de Tejada. LA NOVELA, por D. Julio Rosas.—LA HIJA DEL MAR, cuento, por D. E. Llofriu y Sagra.—GEOGLÍFICO.

ADVERTENCIA.

Los Sres. suscritores cuyo abono concluye en fin del presente mes, tendrán la bondad de hacer sus renovaciones para que no sufran retraso en el recibo del periódico, el cual puede efectuar remitiendo libranzas de tesorería ó sellos de cualquier precio, al Administrador de LA MODA—Cádiz, ó bien entenderse con los Sres. comisionados.

TEATRO PRINCIPAL.

Estreno de la compañía dramática.

Esta compañía ha inaugurado sus trabajos con *El cura de aldea*, drama ejecutado poco ha en el Balon; pero del cual nada habíamos hablado porque una circunstancia especial nos privó de asistir entonces á él. Vamos pues á hacerlo hoy.

Supónese allí que en una aldea inmediata á Salamanca existe un anciano cura, modelo de bondad, de mansedumbre y de celo apostólico. Consagrado de lleno á su ministerio pastoral, á la instrucción de los niños y al amor á su sobrina huérfana y pobre, es el ídolo del lugar, que le respeta como á sacerdote y le ama como á bienhechor. Supónese también que existe allí un labrador rico, pero de condición áspera y aviesa, que ha abandonado á su hijo único, mozo dócil y de buen fondo, solo por ciertos juveniles extravíos harto disculpables en su edad y en su posición en la aldea. Este tal está enamorado de María, la sobrina del padre Juan, que así se llama el cura, y es de ella correspondido, pero la muchacha, fiel á la doctrina de su tío, le cierra sus

ventanas y le niega su corazón si no corre á pedir y á obtener de su padre el perdón de sus faltas. No era difícil lo primero, pues ya llevamos dicho que el alma del joven era buena, pero sí lo segundo, toda vez que hemos visto lo irascible, lo tenaz y lo desabrido del labrador.

Aun necesitamos hacer conocimiento con otro personaje, un expósito recogido y criado por el cura, y que hace las veces de sacristán de la iglesia. Honradísimo y bueno como su protector, ha tenido sin embargo la desgracia de enamorarse de María que, según ya se ha visto, no le ama. Es para ella un hermano querido, pero no más.

Por largo tiempo había procurado el padre Juan destruir las malas prevenciones del labrador, y aunque lo vano de su empeño casi le aconsejaba el no insistir en empresa que debía tener por imposible, una circunstancia le obliga á redoblar sus esfuerzos. El hijo era soldado, y como tal se le reclamaba: su padre era rico, y no obstante aquel padre se niega á redimirlo, y con más razón aun á autorizarlo para que dé su mano á María. Nada valen las lágrimas, nada los ruegos: á unas y á otros responde con el insulto. Las súplicas del cura no son á sus ojos otra cosa que la voz del interés personal. Tiene una sobrina y necesita casarla. Esto es todo.

Pero ni el ultraje ni la calumnia desconciertan al buen sacerdote. Él acoge en su casa al mozo á quien se niega el paterno techo, y se propone pedir de limosna de pueblo en pueblo la cantidad necesaria para librar al soldado; proyecto vano que no le permiten realizar sus años y sus achaques. No obstante, una bolsa con seis mil reales, llovida como del cielo, corta el nudo. El cura no puede suponer que el tal dinero proceda de otro que del padre, y en su consecuencia lo hace llamar. No había sido él: el sacristán se ha vendido y va al servicio, porque está enamorado y no le aman. Aquel es el precio de su venta que consagra á la felicidad de su afortunado rival. El labrador acude al llamamiento del cura, y llega en el instante en que su hijo lee á los niños los Proverbios de Salomón. Perdónale, consiente en su boda, y quiere á todo trance librar al generoso mancebo que por otro se sacrificaba; pero éste no lo consiente y parte.

Hasta aquí el drama.

Su pensamiento moral es inmejorable, y en él la

virtud se presenta con un tinte tan dulce, tan atractivo, tan bello, que no es mucho haya valido á esta obra el éxito que en la corte acaba de alcanzar y que aquí no le ha negado el público concurrente aplaudiendo no pocas de sus escenas. Lástima es, y lo decimos con sentimiento, que el autor no haya logrado dar al conjunto de su producción esa viveza de colorido, esa energía, ese interés dramático que por desgracia nos seducen y fascinan en otras obras cuyo fondo no es ni con mucho tan moral; pero el teatro tiene sus condiciones especiales de vida, y si mucho importan en él las tendencias, mucho importan también las formas. En él la moral, para ser eficaz, mas bien ha de ser la consecuencia que no el tema. Es lo mismo que le sucede á la fábula. El público necesita que se le deje algo que inferir, porque entonces goza en esa especie de tarea mental, que le hace hasta cierto punto tomar una parte activa en lo que oye. Esto habríamos deseado nosotros en gracia del drama, que á veces se arrastra con languidez, porque su acción, demasiado sencilla, está muy desleída en máximas que los mas saben, aunque sean los menos los que las practican.

Bajo el punto de vista del arte, la obra tiene algunos defectos no leves. El desenlace, sobre todo, es muy poco feliz. En efecto, ¿cual es el móvil poderoso que fuerza al labrador á perdonar á un al que ha arrojado de su casa, al que ve impasible arrancar de su aldea para ser soldado? ¿Qué ha observado en él que ablande su empedernido corazón? ¿Qué gran motivo le impele á recibir en sus brazos á aquel á quien tantas veces ha rechazado de sus pies? ¿Es que ha visto en él algun rasgo de abnegación sublime como la del pobre sacristan? Nó: es simplemente el oírle leer un capítulo de los Proverbios de Salomon ante una escuela de chicos. La cosa no era para tanto ciertamente.

El Padre Juan, que es en efecto una bella y noble figura dramática, tiene sin embargo el inconveniente de recordar sobrado á menudo otros tipos de otras producciones. Su candor casi infantil es primo hermano del candor del ex-cura de *Un Agente de policía*, y las aficiones, el género de vida y hasta el lenguaje de aquel son los mismos que en este vemos cuando refiere la historia de los tiempos de su curato.

Fáltanos una cosa que hacer observar. El espóposito se vende por seis mil reales, que es la cantidad que habia de abonar el hijo del labrador para redimir su suerte. ¿Cómo es que el que quiso redimirse no lo hizo por igual suma y fué á buscar un sustituto que le costaba lo mismo con infinitamente menor ventaja? De seguro no habria nadie tan necio que lo hiciese.

Ya hemos dicho que el corte del drama se presta poco á situaciones de gran empeño. Sin embargo, en las escenas que lo permiten fué aplaudido, y al terminar se llamó á los actores á la escena.

El Sr. Capo, encargado del papel del protagonista, lo desempeñó con acierto. Como actor comprendió é hizo su papel cumplidamente; como director de escena dió muestra de notable inteli-

gencia. El modo con que ha ensayado á aquellos niños, hace ver que posee ese difícil arte de colocar cada cosa en su sitio y cada figura en su juego, habilidad no menor que la de decir bien un papel, porque esta hace brillar solo al actor y aquella realza el conjunto entero. Nada hará una orquesta con algunos buenos instrumentos, es menester hacer que todos vayan acordes.

En nuestro artículo anterior, es decir, cuando aun no se habian abierto las puertas del teatro, manifestamos las circunstancias que en nuestro entender habrian de hacer difícil é insegura la marcha del trabajo, toda vez que estos actores constituian una parte de la compañía, la cual no funcionará con todos sus elementos hasta de aquí á algunos dias. Por eso decíamos que era conveniente para juzgarla el esperar á su organización definitiva. Ahora, con mejor conocimiento de causa, nos ratificamos en nuestra idea. Los actores se han visto precisados á hacerse cargo de papeles que no eran los suyos, que no podian, por tanto, desempeñar bien. Día llegará, y creemos que muy próximo, en el cual cada uno podrá ocupar su puesto y estar en su verdadero sitio. ¿Podremos juzgar con exactitud á un drama, por ejemplo, cuando solo conocemos de él algunas escenas? Eso decimos de la actual compañía. Esperemos algunos dias, y entonces sabremos á lo que nos hemos de atener.

Un quinto y un párvulo, *Mal de ojo* y otras piezas de la misma índole festiva y ligera han hecho reír grandemente. El Sr. Capo ha estado en ellas como acostumbra.

De las demás producciones nuevas ejecutadas ya ó que se vayan ejecutando, nos ocuparemos en las sucesivas revistas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

La Europa á vista de negro.

Querido amigo: Ayer tarde llegué sin novedad á la ínsula de***. Aunque solo hace catorce horas que estoy en ella, y todavía no he salido á la calle, puedo asegurarte que la civilización de sus oscuros habitantes es muy completa, su carácter muy amable y el suelo muy feraz. Ahí te envié para que le des á conocer por medio de la prensa un informe que mi patron, ó sea el dueño de la fonda en que me hospedo, ha presentado á la academia núm. 86 de esta isla. Trátase en él de los adelantamientos científicos, artísticos y sociales europeos, y por las muchas palabras que contiene, conocerás lo útiles que son aquellas corporaciones para fomentar la fabricación del papel y la tinta. Otro día te escribiré mas despacio: entre tanto pásalo bien y ya sabes que etc. etc.

FULANO DE TAL.

Documento que se cita en la carta anterior:

«Comisionado para estudiar los progresos de la civilizacion europea, he recorrido las mas populosas ciudades de aquella parte del mundo, ocupadas en el noble arte de sacar lustre á botas y zapatos, y hoy puedo por fin presentar para solaz de mis paisanos el fruto de mis viajes y desvelos. No son ciertamente para inteligencias como las nuestras su forma de gobierno y las ciencias que cultivan. Para explicaros mejor lo mas notable que he visto por aquellas tierras, paréceme conveniente empezar por haceros una pequeña descripcion ó sea un retrato en miniatura de los humanos seres que las pueblan. Figuraos que los hombres del otro lado de los mares tienen la cara blanca y presumo que tambien el cuerpo; y digo únicamente que presumo, porque los individuos del sexo masculino conservan la sucia y antimoral costumbre de vestirse hasta las mismas manos, aunque las mujeres del gran mundo, por un resto de pudor que tan amables hace á aquellas hermosas mitades del género humano, presentan cuando van de toda gala á la pública espectacion los alabastrinos y niveos encantos de su pescuezo y de sus espaldas, y ainda mais algunas veces.

Gracias pues á tan perjudicial blancura, ¡cuán lastimosamente se pierden los inexplicables encantos que pudieran resultar del contraste de aquellos vestidos blancos, azules y rosados con el azabachísimo matiz de nuestras carnes! Bien lo conocen por supuesto los europeos, y á todas horas prueban con los hechos los venturosos que serian si pudieran cambiar su cutis con el nuestro. Ved si no las estátuas que levantan á los personajes que entre ellos mas se han distinguido; todas ó casi todas son de bronce, cuyo color hace parecer desde léjos verdaderos ciudadanos de Angola ó Madagascar á los mismísimos Felipe IV, Cervantes y Napoleon. Además, siempre que los hombres tienen que vestirse de etiqueta, se cubren con trages negros hasta la punta de las uñas, y en las mujeres el pelo negro y los ojos idem son elegantes adornos y muy buenos anzuelos para coger amantes. Si á ellos se agrega el tener la interesada barniz moreno, es decir, tintas que la aproximen á nuestra raza, entonces sí que los poetas traen á su casa la mitad de la creacion, echándose por esos mundos de Dios á buscar cosas negras: el ébano, el abrigo, capote ó manto de noche, el azabache y otras mil zarandajas vienen á constituir sus ojos y cabellos, y varios efectos menos oscuros tiñen sus carrillos y pescuezo. Ese mismo afan de parecer negros es causa de lo caras que cuestan las botas, del cuidado sumo que pone toda persona *comme il faut* en llevarlas siempre perfectamente embetunadas, y de que los zapatos blancos solamente sirven para el campo, donde casi nadie puede verlos, ó para personas de poca importancia. Mal andarian los *boot-maker* ó *maestros de obra prima* y los lujosos salones de limpiabotas, si los europeos tuviesen la económica fortuna de haber recibido los piés embetunados al nacer como nosotros.

Objetos son igualmente de no poca envidia nuestras ensortijadas bedijas capilares, y pruébalo bien el esmero con que las imitan en sus lacias y sedosas zaleas, chamuscándolas y retorciéndolas con tenazas casi hechas ascua. Y ¿qué mas? hasta el poético baño de sudor que á nosotros nos cubre, intentan copiar no pocas hermosas cubriéndose las megillas de químicos menjurges.

Y en el conjunto de la cara ¿cuántas ventajas no les llevamos nosotros? Carecen lastimosamente de aquel precioso hocico que tanto nos adorna, y que no falta en la boca de ningun animal, excepto en la de los hombres europeos, y ni siquiera sus narices tienen la gracia de las nuestras, que anchas y desahogadas permiten fácilmente respirar, y por su pequeña extension no afean el semblante dándole sombra como el gnomon de un reló de sol, ni entran antes que el resto del cuerpo en todas partes, representando en el rostro el mismo papel que los antiguos voladizos en las fachadas.

Para ocultar lo deforme de su boca usan los hombres de aquellas tierras un telon natural de pelos que sirve al mismo tiempo para colar los líquidos que beben, y en los carrillos forman igualmente con cerdas diversas labores, parecidas á las que con arbustos cortados se hacen en jardines y *parterres*, poniendo tambien á veces en sus dos ojos unas como cancelas de cristales, adornadas frecuentemente con visillos ó cortinas verdes.

Descrito ya el aspecto ó la facha exterior del europeo, voy á examinar ligeramente los mas notables productos de su decantada ilustracion. El vapor es el mas grande y el que con mas justicia los enorgullece. Cierta individuo refugiado por causas políticas en el infierno, se trajo por el mundo, aprovechando el momento en que *Cerbera* reventaba por efecto de un pedazo de salchichon *estrigninado* que él llevaba á prevencion, se trajo, repito, las calderas del infernal *Pero Botero*, y con ellas tal revolucion ha armado en el globo, que fácilmente pudiera reventar como ampolla de jabon á no haberlo cubierto y encerrado el Tiempo en una red de las que se emplean en los aparatos destinados á elaborar bebidas gaseosas.

Con tan grande invento *ya no hay distancias*, claman ellos; la sociedad es una pasta ó amasijo de todos los pueblos, pasta cuyas moléculas suelen andar á trastazos de cuando en cuando; y así como los fragmentos de una palabra partida en dos renglones se unen por medio de un guion, así tambien las naciones se eslabonan con dos guiones de hierro, sobre los cuales corren los carruajes á fin de que no se estropeen los caminos. Sin duda la afición á la economía, señora elevada á virtud política desde miseria doméstica que antes era, ha conseguido suprimir los caballos ó mulas en semejantes vías, porque así no se gasta en cebada y herraduras, aunque se gaste mas en leña y otras frioleras.

De este modo la tierra no es ya necesaria para andar sobre ella, y echando dos barras de hierro de una torre á otra, desde la orilla de un rio á la opuesta, corren los coches sin atropellar mas que á los

pájaros. ¡Ojalá pudiera generalizarse tan ingenioso método en el interior de las ciudades para todas clase de carruajes!

Las nubes que á su paso encuentran las locomotoras pueden proporcionarles agua para fabricar vapor, y así que un sabio alemán encuentre puntos en que fijar un puente que está *concebido* en su magin, podremos ir en wagon sobre la inmensidad de los mares, y llevar por todo el mundo como género de lícito comercio, los yelos de un polo para hacer sorbetes en verano, y el fuego del otro para encender las chimeneas en invierno.

Como semejante travesía por precision tiene que ser por algunas horas, los coches en que se hagan tendrán salones de descanso, billar y biblioteca, y aun algunos café y teatro lírico-dramático. Diferentes prensas á la *Stanhope* oportunamente colocadas, tirarán en abundancia periódicos políticos y de modas para instruccion de los viajeros.

Todo se hace pues allí con máquinas. Hasta la facultad de pensar, que segun decian los europeos en otro tiempo tanto ennoblece al hombre, ha sido abandonada á las máquinas, y si hoy vivieran Arquímedes y Pitágoras, no se darian tanto tono al ver que un sencillo aparato resuelve sin molestarse en aprender, y mejor que ellos, los mas difíciles problemas matemáticos.

Otra palanca de la humanidad moderna es la electricidad.

Todas las artes destinadas á conservar la vida de los hombres, como la guerra, la medicina y la política, se valen de ella con muchísima ventaja, y ¿qué mas? tanta es la charlatanería del fluido eléctrico en nuestros dias, que hasta las masas mas humildes han llegado á hablar como cotorras por medio de él.

Y gracias á que por falta de lengua tienen que explicarse con los talones, que de otro modo sabe Dios á qué altura podrian colocarse. Efectivamente la lengua ha reemplazado por aquellos países á las piernas en todo lo relativo á hacer carreras y dar saltos. Nada hay mas premiados que los ejercicios gimnásticos de la lengua. Si los títulos, cintas y uniformes se colgaran en la parte del cuerpo que los gana, mas de cuatro eminencias europeas levarian limpio el forro del corazon y llena la boca de bandas y bordados.

La electricidad es pues, á no dudarlo, el alma de la sociedad moderna, como que pone en juego los nervios de esta, vulgo alambres telegráficos, transmitiendo las sensaciones, ó sean los partes desde la cabeza á las piernas y desde las piernas á la espalda. Solo que á veces la sociedad se asemeja á las señoras elegantes en padecer de los nervios; por eso en habiendo tempestades los telégrafos se hacen insensibles, y los nerviosos se quedan sin noticias. Además de éstas gracias la electricidad sabe reemplazar á las minas. Por medio de ella se forran ó encuadernan en oro, plata ó cualquier otra clase de metales, muebles y estatuas, sapos y culebras. De modo que la ilustracion de los europeos ha descreditado los prodigios del rey Midas, poniéndolos al alcance de todo el mundo.

Pero mas admirable que todas estas invenciones juntas es la que se conoce con el nombre de la prensa ó de la imprenta. Encargándose de reemplazar á la lengua humana unas figurillas de plomo, estampa letras grandes y chicas en el papel, y cosidas luego las hojas, corren por esos mundos de Dios haciendo gastar dinero á los aficionados, y produciéndoles en cambio no pocos dolores de cabeza. Todo mortal está autorizado para echar á volar sus ideas de esta suerte: la ley es tan benévola, que para hablar de cualquier cosa á nadie exige que la sepa. Figuraos pues si se dirán cosas buenas en Europa.

Lo que antes con el nombre de caridad era dulce consuelo del corazon y alivio del desvalido, ahora con el seudónimo de filantropía y beneficencia, es ostentoso motivo de lucimiento y ocasion de darse tono á costa del bolsillo ageno. Como la sociedad moderna solícita siempre por el bien de sus miembros no puede consentir que ninguno se muera de hambre, recoge á los pobres en mansiones construidas exprofeso, donde los da de comer gratis haciéndoles trabajar, pero sin pagarles, porque para eso les da de comer. Y no sirve que el agraciado no acepte semejante felicidad, porque se le obliga á ser feliz por fuerza llevándole preso, y aun atado si es preciso. Tanto es el cuidado que se toman por el prójimo los europeos, á la manera de aquel diablo que estrujó á sus hijos de puro abrazarlos; y como no basta ser bueno, sino que es indispensable dar saludables y morales ejemplos á los que vienen detrás de nosotros, los europeos no dan la limosna de suerte que una mano no sepa lo que salió de la otra: no, señores, al contrario, en aquellas tierras el que pretende sentar plaza de benéfico, saca dinero á los amigos, lo reparte luego entre varios necesitados, y así como la gallina cuando pene un huevo lo celebra con largo cacareo, así el filántropo celebra sus virtudes, para que las imiten sus semejantes en gacetillas y artículos de fondo.

Siguiendo estas misma ideas, nada se hace en Europa sin fin moral. Cuando emplea el fruto de sus trabajos ó de sus picardías en elevar una casa en forma de jaulon hasta las nubes, no lo hace por cobrar andando el tiempo los alquileres, no por dejar asegurada á sus hijos la subsistencia, sino únicamente por dar de comer á los pobres y por embellecer la poblacion. Sale á la pública censura por entre los bastidores un mamarracho bautizado con el nombre de comedia. Parece que el objeto de su autor debia ser divertir á los que pagan en el despacho y á los que compraron su asiento á los revendedores por pasar un rato entretenido; pues no, señor, aquellos tres ó cinco ó mas actos llenos de flores y estrellas y consonantes y versos largos y cortos, se encaminan á demostrar lo conveniente que es el taparse con la capa las narices cuando hace frio, ó lo que perjudica á la moral las cortinillas en los coches de alquiler. El que pone esto en escena, logra quo le llamen poeta filósofico, cosa que viene á ser lo mismo que llamar negro blanco á uno de nosotros, porque ni la filosofía tuvo nunca nada

de poético, ni las musas llevaron jamás al Pindo las obras de Sócrates ni las de Krausse.

Que los europeos saben mucho es cosa que se prueba con ver una lista de las ciencias y artes que les enseñan desde niños. Asusta, señores, el pensarlo: hay una ciencia para cada ocho mortales á lo sumo: y no me preguntéis qué cosa explica ninguna de ellas, porque no podré decíroslo. ¿Quién es capaz de saber lo que enseñan la *docimasia*, la estereotomía y la desocracia y la paleontología y la fitografía y la xilometría y la clasótica? Mientras existan semejantes nombres, trátase de organizar caravanas para llevar á los papás á Grecia por el verano á fin de que sepan la clase de cosas que van á aprender sus pimpollos en el invierno.

Por último, señores, segun he tenido ocasion de observar en Europa, cuando Dios hizo al hombre blanco le puso dentro cierta cosa que se llama vergüenza, la cual le pinta de color rojo los carrillos siempre que falta á sus deberes. Pero queriendo los europeos que toda la calle fuera suya, con arreglo á lo que dispone cierto refran español, echáronse encima un gaban de filosofía y otro de desocupacion, con lo cual dificilmente logra asomar aquel denunciador matiz por sus fachadas.

El hombre que consigue esto, claro está que sirve para todo, y libre de tan enojosa carga, prospera y engorda y se remonta á los puestos mas encoquetados.

Tales son, señores, los principales destellos de la civilizacion europea; copiadla vosotros poco á poco, que segun lo mucho que en Europa alaban y ensalzan todo lo presente, si semejante vida no os da la felicidad tampoco os dará la modestia y otras varias virtudes enojosas."

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

LA NOVELA.

La novela es el libro que mas púlula entre todas las clases de la sociedad. Figura en el bufete del hombre de letras, en el tocador de la dama, en la mesa del artesano, á la cabecera del enfermo, en el jergon del mendigo, entre los cuadernos del joven escolar, entre los avíos de costura de la modista, en el taller del pintor, en el museo del estatuario, sobre el piano del músico.

La novela está en todas las casas, es hojeada por todas las manos, vive en todos los corazones.

¿Qué lee con tanto interés, en la soledad de su perfumada alcoba, esa doncella de labios bermejos y megillas frescas y sonrosadas?—Lee una novela.

¿En qué se ocupa ese cazador, que cansado de cazar se sienta al pié de una encumbrada palma cuyo verde abanico columpian cadenciosamente las brisas tropicales?—Se ocupa en leer una novela.

¿Por qué la media noche ha sorprendido á ese joven que al resplandor de una lámpara recorre ávidamente las hojas de un libro?—Porque lee una novela.

Ved esos recién casados que pasan al amor del fuego de la chimenea las largas noches de invierno al rumor de la lluvia que azota los cristales, y de los vientos que se quejan entre los árboles, deliciosas veladas tan gratas al corazón, cuando se paladean las dulzuras de la familia y de la religion del hogar. ¿Qué hacen esos novios?—Leen una novela.

¿Qué lee ese soldado en el campamento al rojizo resplandor de las grandes fogatas, mientras sus compañeros de armas duermen en las tiendas de campaña descansando de las fatigas de la guerra?—Lee una novela.

¿Qué libro es ese que lleva la dama en su seno, el viajero en su maleta, el escolar bajo del brazo, el guerrero entre sus armas, el rico capitalista sobre los cogines de su coche, la jardinera en su cesto de flores?—Es una novela.

La novela es eminentemente cosmopolita, pertenece á todos los paises, se escribe en todos los idiomas, es leida con gusto y buscada espontáneamente por todos los hombres, por todas las mujeres.

La novela ejerce un papel importante en la educacion pública, lo mismo en las grandes ciudades que en los puntos mas distantes de los centros de civilizacion, llevando ideas desconocidas á las inteligencias, despertando nuevos afectos en los corazones, desarrollando instintos y sentimientos que antes existieron amortiguados, abordando por último, bajo las formas seductoras, las cuestiones mas abstractas y complicadas.

"La novela no es hoy lo que otras veces—ha dicho con razon un amigo mio:—ahora no se limita á presentar un tejido mas ó menos bien combinado de estrañas aventuras, aspirando por conclusion á deleitar á sus lectores. La novela en nuestros dias ha adquirido proporciones mas colosales. Retrata las costumbres, sintetiza las épocas, sondea los misterios del corazón, saca á la superficie los vicios mas recónditos de la sociedad, controvierte los mas difíciles problemas, tiende á modificar las opiniones y el estado social de los pueblos, y aun esgrime como arma poderosísima de propaganda política y religiosa. Ejemplo de esto último son las célebres producciones del fecundo Eugenio Sué, y las no menos brillantes del ilustrado Wiseman."

Muchos son los artículos que se han escrito en diversas lenguas y publicado en varias naciones anatematizando y ensalzando este género de literatura.

Sucede con la novela lo que con todas las cosas: tiene su lado bueno y su lado malo, su anverso y su reverso.

Es lo mismo que el teatro. El teatro, tal como debe ser, es la escuela de las costumbres; instruye deleitando, ridiculiza el vicio, corrige los malos hábitos, deifica la virtud. El teatro pervertido, desnaturalizado, es el espejo de la perversidad, es letal veneno en copa de esmeralda.

Yo abogo por la novela en su verdadero terreno, por la novela que es el lado bueno de las cosas, el anverso de la medalla, la libertad bien entendi-

da, el teatro que instruye deleitando y morigerando las costumbres.

Yo considero la novela en su verdadero terreno, y así debe considerarla el escritor de conciencia, como la luz sin sombras, como la verdad desnuda de toda ficción, como un honesto pasatiempo, como una de las luminosas antorchas de la civilización, como la púdica doncella coronada de rosas blancas que endulza con su amor el pan de las pesadumbres.

Para el escritor infame, para el escritor que halaga las pasiones, adula al rico y lisonjea al pobre y entusiasma las masas populares con frases ampulosas para satisfacer su ambición, es la novela la carabina del bandido, el puñal del asesino, la lúbrica pintura, la flor cuyo perfume envenena, el manantial de la doctrina más perniciosa y detestable, el cáliz de oro lleno de mortal veneno.

El escritor que siente latir en su pecho un corazón no bastardeado por la maldad; el escritor que se interesa por el triunfo de la civilización, debe escribir novelas para derramar en todos los corazones, para llevar á todas las inteligencias, aun en los más ocultos rincones, las ciencias morales y políticas de la moderna filosofía, porque familiarizar á las mujeres, á las clases trabajadoras, á la juventud con la instrucción, es el medio más fácil de extirpar la ignorancia, la ignorancia que es la causa del envilecimiento, la causa de todos los extravíos, de todas las injusticias, de todos los crímenes.

Si la novela es el libro que más pulula en todas las clases de la sociedad, si es el género de literatura que más se presta á la propaganda, el escritor honrado y amante de la ciencia del progreso, debe esgrimir esta arma para combatir el oscurantismo, para generalizar la ilustración y para romper el pedestal de la ignorancia.

¡Cuánto os debo, oh novelistas! Vosotros me habeis hecho conocer el corazón humano presentándome en relieve las bellezas y deformidades del hombre. Vosotros me habeis hecho olvidar los errores del mundo moral con las inmaculadas hermosuras de vuestras fantásticas creaciones. ¡Ojalá al querer ser novelista como vosotros, logre oír mi nombre cariñosamente pronunciado en el taller y en la boardilla por los sonrosados labios de las jóvenes!

JULIO ROSAS.

LA HIJA DEL MAR,

cuento

POR DON E. LLOFRIU Y SAGRERA.

PROLOGO.

El cuento á que preceden estas líneas no proporciona á la literatura patria una gran obra; pero sí una gran esperanza.

Su autor, que casi es un niño, tiene todos los de-

fectos de la inexperiencia; pero tiene también las dotes del instinto delicado y del corazón henchido de ternura.

La Hija del mar no es uno de esos cuentos en que para interesar y mover los corazones se acude á las pasiones violentas: pertenece á esotra literatura, cuyo resorte son los sentimientos tranquilos y las apacibles armonías de la naturaleza.

El niño que recorriendo la orilla del mar y las pobres aldeas, encuentra medio de interesar y aun conmover, es, lo repetimos, una gran esperanza para la literatura, si la cultiva con fe, y si al adquirir la experiencia no pierde esa especie de inocencia del corazón, sin la cual es imposible conmover con la pintura de la naturaleza y la de las costumbres, y los sentimientos populares.

Carecemos de autoridad para dar consejos literarios; pero aun así nos atrevemos á aconsejar al señor Llofriu, que busque constantemente el pensamiento en el estudio de la naturaleza, y la expresión en el de nuestros buenos autores.

La perdición de muchos de nuestros jóvenes escritores viene de hacer ambos estudios en las novelas francesas.

El buen instinto que revela *La Hija del mar*, nos da la confianza de que su autor ha de seguir el camino que, siquiera con paso vacilante é incierto, ha emprendido.—A. DE T.

A MI QUERIDO PADRE.

Hace mucho tiempo, muchísimo, que me aventuré á ofrecerte una de las pobres producciones que diese á luz mi nada poética imaginación, y creo muy justo cumplir mi ofrecimiento, si á tu vez me prometes un poco de indulgencia para estos sencillos renglones, para estas ligeras páginas en las que no encontrarás otra cosa que una de tantas historias que oímos cuando niños alrededor del hogar en las noches de invierno, entre el chisporroteo de la ardiente llama y el mujido del huracán que hace crujir la mal segura puerta: una de aquellas narraciones que nuestras madres nos cuentan entre dulces caricias, y que nosotros escuchamos con religiosa veneración.

Para nosotros que de continuo evocamos aquellos suaves recuerdos, serán estas líneas como la sombra del pasado bien, y en ellas encontraremos al menos el olvido de los presentes desengaños.

¿Qué nombre podrá ir al frente de mi primer ensayo que signifique más que el tuyo para mí?

¡Qué recuerdo más grato á mi corazón!

Así pues, tú acojerás como nadie la expresión del sentimiento que ha inspirado estas páginas á tu amante hijo—ELEUTERIO.

CUENTO.

Una mañana del mes de Mayo, asomaba apenas el alba entre los armoniosos cantos de la naturaleza, y las flores lloraban de placer, como dirían los poetas, cristalinas gotas de rocío, ornando con sus reflejos la pradera. Todo era bello. El mar ve-

nia á besar tranquilamente la arenosa playa murmurando suave, y el céfiro, mensajero del día, jugaba entre las blancas azucenas silvestres, cuya alba pureza contrastaba con el limpio azul de las serenas aguas, espejo de la hermosura del cielo.

Es vano intento querer pintar á quien no haya gozado ese espectáculo, el admirable cuadro que presenta la naturaleza en esas mañanas de alegre primavera á orillas del Mediterráneo.

La calma que allí reina es la que hace concebir á la inteligencia del hombre, la que hace sentir al corazón un mundo de inocencia, de pureza, de luz y de armonía.

Es el conjunto de todos los sentimientos tranquilos, de todas las grandes sensaciones.

Basta de paréntesis descriptivo.

I.

Existe en la provincia de Alicante, y á tres leguas de la capital, un pueblecillo ignorado, casi oculto entre las aguas del Mediterráneo, como el ave marina que baña sus alas en las ondas: en otro tiempo se llamó *Puerto Ilicitano*, y hoy, como todo varía, se ha sustituido aquel nombre, venerable recuerdo del águila imperial romana, con el de Santa Pola.

Constituyen su escaso vecindario infelices pescadores y marineros, que teniendo por cuna las olas, esperan el eterno descanso á su armonioso murmurio.

Y así pasan la vida entonando alegres cantares y saludando al sol cuando sale, mientras tienden sus redes á los peces.

Y preguntadles si desean salir de allí. ¿Sabeis lo que os responderán? Que ellos nacieron al suspiro de la húmeda brisa; que el techo pajizo donde vieron la luz y aprendieron de sus padres á ensalzar á Dios, ese les ha de ver exhalar el último aliento si la mar respeta sus vidas.

¡Qué franqueza inspiran en su mirada serena, en su frente tostada por los rayos del sol los hijos de las playas españolas! ¡Cuántos desgraciados á quienes la necesidad obligó á abandonar su patrio suelo desean volver á él!

¡Cuántas madres, ocultas en las sombras de la noche, buscan con los ojos fijos en las olas al hijo ausente que, arrancado de sus brazos, ya no volverán á ver!....

II.

Rosa es una niña de quince abriles lo mas, de tez morena, ojos negros rasgados, velados por grandes párpados que proyectan una sombra misteriosa á sus mejillas, cuando requebrada por algun jóven del pueblo dirige al suelo sus miradas; sus negros cabellos sedosos dan á esta interesante criatura los sublimes rasgos de las mujeres del mediodía. Su talle esbelto y su graciosa sonrisa son el encanto de cuantos mozos tiene el pueblo.

La llaman *La Hija del mar*, porque á la verdad es un misterio su nacimiento.

¿Quereis saber lo que acerca de él he podido averiguar hasta ahora? Pues continuad la lectura.

Cuentan que en una noche de invierno en que bramaban los vientos desencadenados y un trueno sucedía á otro trueno sin interrupcion, y el mar amenazaba con su rabiosa espuma inundar al infeliz pueblecillo de Santa Pola, estaban en su reducida habitacion el tío Pedro el pescador, hombre que por nada se alteraba, pero que en llegando estos casos imploraba la clemencia divina, porque era muy bueno y religioso, eso sí, y su mujer Teresa, que invocaba á Santa Bárbara y á San Telmo arrodillada ante una imágen de la Virgen de la Asuncion.

Entre el rujir de las olas y el estampido de los truenos se oyó un gemido agudo y triste como de un niño.

Suspendieron los esposos sus oraciones y dieron algunos pasos hácia la ventana.

—¿Has oido, Teresa, dijo Pedro asombrado; si será alguna desgracia? Sea lo que quiera yo me dispongo á salir. Y tomando el sombrero se embozó en una manta.

—Pero vas á salir!.... La Virgen te lleve con bien, y si es algun infeliz no quiera Dios que llegues tarde y sean inútiles tus esfuerzos.

Pedro no se detuvo un solo instante, y exclamando ¡Dios me ilumine! echó á correr cuanto se lo permitian sus sesenta años.

Teresa, apenas salió su marido, con los ojos arrasados en lágrimas, murmuró una oracion á la Virgen, y esto la consoló algun tanto.

La religion es el amparo del afligido: no hay lágrimas por amargas que sean que con su dulzura no mitigue: no hay dolor que ella no calme.

A poco rato entró el anciano Pedro con los ojos humedecidos, pudiendo apenas articular las palabras....

—Teresa, Teresa, mira! y quitando el embozo de la manta la mostró una niña de seis meses lo mas, envuelta en ricos pañales.

—Cómo! una niña?... desgraciada! exclamaba la pobre Teresa, procurando dar calor á aquella criatura que acaso hubiera perecido si tarda un poco mas su salvador.

Contó Pedro que acababan las olas de arrojar á la orilla el canastillo de mimbres en cuyo fondo gemia aquel ángel infortunado, que estuvo á pique de ser lanzado al mar con su preciosa carga por el impetuoso huracan.

Desde aquella noche Pedro y Teresa vivieron embelesados con las infantiles gracias de la niña, á quien bautizaron con el nombre de Rosa.

Eso es lo que acerca de su nacimiento se sabe hasta ahora.

Mas adelante tal vez lleguemos á descubrir el misterio.

Es lo probable que un naufragio hubiese llevado la niña á aquellas playas.

III.

Volvamos á Rosa cuando tenia quince años.

Pedro habia trabajado catorce por ella y por su mujer, que le ayudaba con frecuencia á sustentar

las débiles cargas de aquel matrimonio bendito de Dios.

Oh! sí hubiérais visto al toque de oraciones el cuadro que presentaba aquella buena y honrada familia....

A esta hora todas las noches se arrodillaban ante la misma imagen de la Virgen que tantas veces consoló á la pobre Teresa y á su anciano marido.

La niña con las manecitas cruzadas oraba dirigiendo una mirada cariñosa á aquellos dos ángeles que la protegían, y ellos al encontrar con sus ojos los de la celestial criatura, lloraban dando gracias á Dios y la decían:—ruega por los que te dieron el ser, ruega por ellos....

La niña también lloraba y dirigía sus preces al Señor....

Cuantas veces sentada en las rodillas de su abuelito, como ella le llamaba, le tendía los brazos por el cuello é imprimía un beso en las venerables canas de Pedro.

Los dos extremos de la vida se hallaban reunidos: la aurora y la noche; la primavera y el invierno....

Era la brisa de las ilusiones que venía á acariciar el postrer instante de aquel árbol venerable, cuyas hojas iban desapareciendo una por una.

Era el presagio de la eterna felicidad que le esperaba en la mansión de los justos.

IV.

Empecé diciendo que corría el mes de Mayo adornado con sus flores, sus balsámicas brisas y sus hermosas noches claras y serenas, tan amigas de los poetas y de los enamorados, y he tenido que hacer una no pequeña digresion de quince años para satisfacer los deseos de alguna lectora curiosilla de *La Moda*, que no todas lo son, ó de algun Aristarco moderno.

Que á todos se ha de satisfacer, pues que para todos se escribe.

Vuelvo pues á mi narracion.

El padre adoptivo de Rosa ha muerto, y su pobre viuda desconsolada no tiene mas amparo que la huérfana, que trabaja y se desvive porque no falte nada á su abuelita.

Muchas lágrimas costó á las dos la muerte de Pedro; y no pasaba dia en que no se mentase alguna generosa accion de aquel anciano.

La reducida casa que habitan la habia comprado aquel de sus ahorros, y en ella pasan medianamente las dos mujeres.

Rosa trabajando; y Teresa, la infeliz Teresa, ya sin fuerzas, no hace sino estar sentadita á la puerta desde que el sol envia sus primeros rayos hasta que traspone los montes.

A la sombra de un emparrado disfrutaba aquella mujer las brisas de la primavera, los encantos de esa juventud de los años.

—Mira, Rosa, dijo un dia en que ésta se hallaba á sus piés formando un ramillete de pasionarias y clavellinas que habia cojido del pequeño jardin de su ventana, quizá sea esta la última vez que mis

ojos vean ese mar tranquilo como la sonrisa de un niño. Quizá esos pálidos rayos del sol que miro reflejarse en tu serena frente se despidan para siempre de mí.

—Abuelita, me estás haciendo llorar; siempre pensando en eso. Dios conservará tus dias para que seas mi consuelo; sí, el único que tengo sobre la tierra.

Las lágrimas de la niña bañaron las temblorosas manos de la anciana, como las gotas de rocío que brillan sobre el cáliz de marchitas azucenas.

Este diálogo fué suspendido por una turba de jóvenes vivarachas y bulliciosas, que iban entonando una cancion popular:

María, si vas al mar,
no te acerques á la orilla;
porque hay muchos tiburones
que se tragan á las niñas.

Aquellas inocentes muchachas venian, sin saberlo, á recordar con sus alegres cantares y su infantil alegría la aurora de sus años á la pobre mujer que con lento paso caminaba hácia la tumba.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Para ir en ferro-carril el hombre que piensa
numera sus huesos.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

